

ELOGIO

DEL ILUSTRE NAVGANTE

VASCO DE GAMA.

---

CAPILLA ALFONSO

REPOSICION DE UNO DE LOS



---

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS:

SEÑORES:

¿Quién abrió á los hombres la gran navegación?—¿Quién reveló el mar?

“La ballena y el ballenero,” dice contestando á esas preguntas, el admirable estilista, el gran historiador francés, que se llamó Michelet.

“La travesía del Océano, sigue diciendo, que tan celebrada fué en el siglo XV, había sido frecuentemente realizada, por el estrecho paso de Islandia á Groenlandia, y aun por alta mar, porque los vascos iban á Terranova.

“La travesía, continúa, era el riesgo menor para aquellas gentes, que buscaban sin cesar el supremo peligro, el duelo con la ballena. “Ir á los mares del Norte, batirse cuerpo á cuerpo con la montaña viviente, en plena no-



“che, y hasta en pleno naufragio, puede decirse, con el pie sobre la ballena y el abismo debajo, era un acto que necesitaba un corazón muy bien templado, y por lo mismo indiferente á los acontecimientos del mar.”

Podrá ser; pero la historia de los siglos XV y XVI ha conservado con religiosa gratitud los nombres de tres genios que en medio de las mayores privaciones y de los más grandes peligros y con elementos insignificantes, realizaron con la inteligencia y la imaginación del sabio y del poeta, el carácter de los grandes hombres y la intrepidez del guerrero, tres maravillosos descubrimientos marítimos, que nos hacen casi enmudecer de admiración al contemplarlos hoy á la luz de los conocimientos modernos. En 1492, el continente americano. En 1498, el camino por mar á la India, la tierra de las especias, de los perfumes y de las piedras preciosas. En 1521, la vuelta al mundo.

Colón, Vasco de Gama, Magallanes. El primero atraviesa el Atlántico en una carabela de 52 toneladas. El segundo da vuelta al continente africano y se lanza al mar de la India en una de 120. El tercero, en otra algo mayor, rodea la América por el Sur, pasa por el estrecho de su nombre y descubre las Filipinas.

¿Cuál de esos tres hombres fué el más gran-

de en cuanto á sus descubrimientos? A los genios no se les compara. No hay unidad que sirva para medirlos. Son igualmente colosales. Se agigantan de día en día en visible y grandioso contraste con las navecillas que les sirvieron, las cuales se nulifican y desaparecen ante las creaciones de la ciencia naval de los actuales tiempos.

Su propia patria no alcanza ya á servirles de pedestal, porque sus nombres llenan de admiración, de respeto y de gratitud al universo entero.

---

Nada más accidentado y más terrible que la vida de Magallanes, en la que á los combates sucedían las navegaciones peligrosas, y á éstas los procesos, y luego los naufragios, y más tarde el asesinato frustrado, y por fin la muerte entre los salvajes de Filipinas.

Magallanes fué el lazo de unión entre España y Portugal; esas dos naciones que llenaron entonces el mundo con los ecos gloriosos de sus descubrimientos marítimos.

Vida ninguna más triste y más llena de profunda amargura que la vida del gran Colón, que después de haber dado al mundo otro mundo, volvió á España, al finalizar su tercer viaje,



cargado de cadenas como un criminal, por sus envidiosos enemigos.

Nada más inexplicable que el abandono y el aislamiento en que se dejó al insigne Vasco de Gama, durante veintiún años, al regresar á Portugal después de su segundo viaje á la India, en el que había consolidado los cimientos del imperio, al que tanto impulso había de dar después el célebre Alfonso de Albuquerque.

¡Ah! es que son raros, muy raros los grandes hombres destinados á la inmortalidad, que logran alcanzarla sin haber subido, durante su existencia, al Calvario de las amarguras, de las tristezas y de las decepciones.

Es, por lo tanto, justo y necesario que la posteridad se encargue siempre de ensalzar los méritos de los mártires de la idea benéfica para la humanidad, desconocidos á las veces por sus contemporáneos, y que no llegan á la historia sino á través de todas las tribulaciones, extenuados por la incesante lucha y sangrándoles las heridas causadas por la falsía, la ingratitud y la envidia.

Felizmente así sucede. En 1892, la Nación más importante del Continente americano convocó á todos los pueblos de la tierra á la Exposición Universal que había de celebrarse y se verificó en Chicago en 1893, para honrar dig-

namente el nombre de Cristóbal Colón, en el cuarto centenario del descubrimiento de la América.

En aquella grandiosa fiesta de la paz, de la industria y de la ciencia, en que los norte-americanos exhibieron las maravillas de su admirable inventiva principalmente en la ciencia de los Watt y de los Stephenson; en aquel brillante certamen de los métodos é instrumentos perfeccionados del comercio moderno, llamaban con poderoso atractivo la atención, embargaban el ánimo y hacían meditar profundamente las tres copias enviadas por España de las célebres carabelas del inmortal Colón.

¡Aquella inmensidad realizada en esa pequeñez! Con razón volvíanse las miradas todas hacia la Nación española que comparte con el gran genovés la gloria del descubrimiento. Y á las elegantes recepciones seguían los agasajos afectuosos, y las multiplicadas muestras de consideración á los dignos Representantes de aquel país.

Esa Exposición fué la justa, debida y brillante apoteosis del trascendental descubrimiento de Cristóbal Colón y de la Nación española.

Celébrase hoy en Portugal, con grandes fiestas, un hecho igualmente glorioso; y á México, que por dicha nuestra se encuentra respirando



los puros y benéficos aires de la paz, de la libertad y del trabajo, tócale cooperar, en cuanto le es posible, á la conmemoración de las glorias de la simpática Nación portuguesa y del gran Vasco de Gama.

Esta selecta reunión, tanta luz, tanta armonía, todo demuestra que en la paz fraternizan las naciones y que no hay hombre que piense y sienta, que no acuda siempre solícito cuando se le llama á quemar el incienso de la gratitud ante el altar de los genios.

Hoy hace puntualmente cuatro siglos que los asombrados ojos de los habitantes de Calicut vieron anclar en su bahía las naos, con la famosa cruz de Cristo en las velas, de la expedición enviada por el Rey de Portugal, á fin de establecer relaciones de comercio entre su pequeño Reino y aquel vasto y lejano territorio, y que bajo la hábil dirección de Vasco de Gama acababa de encontrar la vía marítima entre Lisboa y el país del alcanfor, doblando el Cabo de Boa Esperanza, como lo había llamado el Rey, ó Cabo Tormentorio, como lo había designado otro notable navegante portugués, Bartolomé Díaz.

Portugal ofrece, en efecto, á la admiración del mundo una pléyade de grandes descubridores marítimos: Don Enrique el Navegante, Don

Manuel el Afortunado, Bartolomé Díaz, Vasco de Gama, Cabral, el descubridor del Brasil, Siqueira, Abreu, Novoa y Mendaña, Meneses y Baz, y por último, Magallanes, cuya cuna se meciera en Portugal y cuyo cadáver tuvo España el honor de sepultar bajo su tierra.

Y ahora ¿qué puede decirse de la célebre y tan conocida expedición del ilustre Vasco de Gama? El inmortal Camoens, en su incomparable poema *Os Luisiadas*, relató ya con la trompa épica del poeta-genio, todas las aventuras, todas las hazañas, todos los triunfos de su gran compatriota.

La palabra autorizada del inteligente y digno Secretario de la Sociedad de Geografía, D. José María Romero, acaba de recordarnos las felices consecuencias, en el orden económico y mercantil, del viaje marítimo á la India.

Y pronto vamos á tener todos el delicado placer intelectual de oír la inspirada poesía del Sr. Sánchez, y la voz elocuente de D. Justo Sierra, refiriéndonos en elegantes frases la trascendente y considerable influencia de la Patria portuguesa en la civilización del mundo.

No queda, pues, más recurso que repetir lo conocido.

Los buques que puso el gran Rey Manuel á disposición de Vasco de Gama, fueron: El San



Gabriel, de 120 toneladas, con la insignia del Capitán mayor, llevando de piloto al famoso Pedro de Alenquer. El San Rafael, que resultó algo menor, de 100 toneladas, á cargo de Paulo de Gama, hermano de Vasco, y como piloto á Joao de Coimbra. El San Miguel, ó Berrio, de cincuenta toneladas, mandado por Nicolás Coello, y por el piloto Pedro d'Escollar.

El día 8 de Julio de 1497, en un bellissimo día, acompañados por el pueblo entero, delirante de entusiasmo, embarcáronse los expedicionarios, é hinchadas las velas por la brisa, comenzaron á alejarse lenta y majestuosamente de la tierra natal, desarrollándose ante sus ojos el hermoso, el incomparable panorama de Lisboa, reina del Tajo y del Atlántico, cuyo paisaje encantador no tiene más rivales que los de Nápoles, Constantinopla y Río Janeiro.

Y entretanto, haciendo votos por el buen éxito de sus empeños y por su pronto y feliz regreso, lleno de esperanzas y de inquietudes, allá en lo alto de la montaña, en medio de los primorosos jardines que lo rodean, en el célebre castillo de Cintra, al que había de volver con frecuencia para esperar allí la noticia del descubrimiento, contemplaba la partida de los expedicionarios el gran Rey, D. Manuel el Afortunado.

Impulsados por vientos favorables y surcando con sus quillas una mar profundamente azul, de limpidez y transparencia extraordinarias, y acariciadas sus naves por el beso tranquilo y cendencioso de las amplias y elegantes ondulaciones de la alta mar, cuya superficie bordaban ligeramente de encajes de plata las puras y perfumadas brisas, llegaron en pocos días los navegantes á divisar las aristas gigantescas, color de rosa, y las anfractuosidades azuladas de las montañas de Tenerife, y por encima de ellas el gran pico ceñido por nubes nacaradas, y con las rocas de su vértice envueltas en un nimbo de luz resplandeciente.

Pasaron sin detenerse, alcanzando poco después las islas de Cabo Verde, en las que descansaron, refrescando los víveres y aguada.

Y luego, de nuevo con rumbo al Sur en aquel largo viaje hacia lo desconocido, en el que Vasco de Gama navegando con la estima, único medio conocido entonces, observaba con frecuencia su brújula para conocer la dirección del eje del "San Gabriel," y determinaba la derivación, que unida al azimut del barco, le daban á conocer el verdadero camino.

El soplo regular del alisio iba poco á poco extinguiéndose. Ráfagas de viento más ó menos cambiantes, y ratos de calma en que todo



se inmovilizaba, daban á conocer que se acercaban al Ecuador.

En esos instantes de calma en que todo lo azul resplandecía, dibujábanse en el mar las imágenes ondulantés de las cuerdas, de la arboladura y del velamen. Los barcos no se movían sino lenta y perezosamente, ó se balanceaban tan sólo con gran regularidad cadenciosa. Y con ese movimiento y en medio de aquel calor húmedo, todo invitaba al sueño y todo parecía dormido: el mar, de color azul lechoso; los barcos, cuya velas y jarcias pendían inertes; y los hombres mismos, sin fuerzas para nada.

Sólo la luz vivía, sólo ella, de sorprendente esplendor.

Pero de pronto venían las grandes nubes que vuelan casi rozando el mar, y en su choque con las carabelas, se deshacían en lluvias de diluvio.

Y todo se ennegrecía entonces, y por largas horas y por días enteros llovía sin cesar, llovía sin piedad, calando á los marineros hasta los huesos aquella lluvia pesada y caliente de la zona sombría del mar.

De improviso una pequeña ráfaga ahuyentaba las nubes negras, que se alejaban lentamente y como pesarosas de los barcos, movíanse

éstos, y el terrible calor del sol ecuatorial, que de nuevo inundaba de luz, secaba todo en pocos instantes, dando tintes de zafiro á las profundidades del cielo, y tonos de azul turquí con irisaciones metálicas fugaces á las masas insondables del Océano.

Por fin, en el hermoso mes de Noviembre, en plena primavera austral, doblaron el famoso Cabo, que justificó el nombre de Boa Esperanza que le diera Don Juan II, pues los heroicos portugueses cruzaron por sus tranquilas aguas bajo los rayos de un sol espléndido, é impulsados por los más suaves y agradables vientos.

Mientras renovaban su provisión de agua en un punto al Este del Cabo, les fué dado contemplar el más hermoso fenómeno electro-magnético que le sea posible admirar al hombre.

En una noche estrellada, de pronto, allá á lo lejos, hacia el polo, sobre un gran espacio irregular del cielo cubierto de oscuras nubes, tendióse rápida y elegantemente, de un extremo al otro del horizonte, un soberbio arco de luces ondulosas y fulgurantes, y por encima de él otro después, más intensamente luminoso, y luego otros varios cuyos chorros de luz llegaban hasta lo alto del cielo.

Y para hacer aún más espléndido el espectáculo, los más hermosos colores tomaron tam-